

## «Señor, muéstrate tú mismo para que yo te pueda ver» (Ex 33, 13). Moisés y la visión de Dios en San Agustín

### RESUMEN

San Agustín habla con frecuencia de Moisés y lo hace en un ambiente polémico: contra los maniqueos y contra los arrianos. Moisés es para él un gran profeta y el representante de todo el Antiguo Testamento. Todo lo que hace y dice Moisés remite a Cristo. Hay dos hechos en los que se detiene: la teofanía de la zarza ardiendo y la teofanía en la hendidura de la roca. En la teofanía de la zarza ardiendo es la Trinidad misma o una de las tres divinas Personas las que se dirigen a Moisés. Moisés realiza la experiencia de Dios y expresa esta experiencia a través de dos actitudes: “inhorresco” e “inhardesco”, temor y amor. En la teofanía de la roca admite que algunas personas, en casos extraordinarios, en estado de éxtasis pueden ver a Dios cara a cara. Cuando San Agustín habla de Moisés revive sus propia experiencia del encuentro don Dios.

**PALABRAS CLAVE.** Moisés, Arrio, maniqueos, profecía, teofanía, experiencia de Dios.

### SUMMARY

Saint Augustin speaks with frequency of Moses and he does it in a polemic environment against the manichaeans and against the arians. Moses is for him a great prophet and the representative of the whole Old Testament. All that Moses does and says referees to Christ. There are two facts in front of which Moses stops: the theophany of the burning bush and the theophany of the crack on the rock. The theophany of the burning brambles the Trinity Itself or one the three divine Persons to which Moses is addressing. Moses realizes the experience of God and expresses this experience through two attitudes: fear and love: “inhordesco” e “inhardesco”. In the theophany of the rock admits that some persons, in extraordinary cases, in state of ecstasy, might see God face to face. When Saint Augustin speaks of Moses revives his own experience of his encounter with God.

**Keywords:** Moses, Arrio, Manichaeans, Prophecy, Theophany, Experience of God.

San Agustín habla con suma frecuencia en sus obras de Moisés. En algunas de ellas, no obstante, hace referencia a Moisés con mucho mayor detalle. La mayor parte de estas obras que hacen referencia a Moisés están escritas en un ambiente de polémica ya sea contra los maniqueos, los cuales rechazaban a Moisés por diferentes razones como , por ejemplo, la muerte de un egipcio por Moisés, el caso del despojamiento de los bienes de los egipcios que ellos consideraban como un verdadero robo, o ya contra los arrianos los cuales afirmaban que en las teofanías del monte Horeb (Ex 3, 1-4, 17), o en la hendra dura de la roca (Ex 33, 12-23), era precisamente el Hijo quien se había hecho visible por ser inferior al Padre, ya que el Padre es invisible. En el Libro II *De Trinitate* (412) San Agustín habla ampliamente de Moisés y trata de mostrar que el Hijo no es en forma alguna inferior al Padre<sup>1</sup>.

“Porque no faltan herejes que afirman que la naturaleza del Padre y del Hijo son distintas y diferentes, y que no son de una única y misma sustancia. En cambio, la fe católica cree que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un único Dios, Trinidad de una misma sustancia, inseparable e igual, no confusa por mezcla ni separada por distinción. Por tanto, aquellos que tratan de persuadir que el Hijo no es de la misma sustancia que el Padre, aducen como argumento que el Hijo fue visto por los patriarcas. El Padre –dicen– no fue visto; lo invisible y lo visible son de diversa naturaleza. Y por ello –argumentan– se dijo del Padre: *a quien nadie vio ni pudo ver*. Su objetivo es que se crea que el que vieron no sólo Moisés, sino también Abrahán; no sólo Abrahán, sino incluso el mismo Adán, y los demás patriarcas no fue Dios Padre, sino más bien el Hijo, con la consecuencia de entender que era una criatura”<sup>2</sup>.

Los textos de San Agustín sobre Moisés han sido ya amplia y profundamente estudiados; su pensamiento sobre Moisés nos es hoy bien conocido<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Trin II, 3, 5, PL.42,848.

<sup>2</sup> S 7,4,PL 38,64.

<sup>3</sup> BOCHET, I, «La figure de Moïse dans la Cité de Dieu», en *Studia Patristica* 43 (2006), 9-14; DULAEY, M., «La geste de Moïse dans l’œuvre d’Augustin», en *Revue d’études augustiniennes et patristiques*, 57 (2011) 1-43; 189-237; Íd., «Le bâton

San Agustín vivió durante varios años dentro del maniqueísmo y llegó a conocer en profundidad su pensamiento. Los maniqueos criticaban duramente a Moisés. San Agustín, hacia los años 402-403, en su libro *Contra Faustum Manicheum*, rechaza con fuerza las acusaciones de los maniqueos y hace el siguiente elogio de Moisés:

“Pasemos ahora a Moisés, siervo fidelísimo de Dios en toda su casa, ministro de la ley santa y del mandamiento santo, justo y bueno, al que da testimonio el Apóstol –de él son, en efecto, las palabras que mencioné–; ministro también de los misterios, no de los que otorgan ya la salud, sino de los que aún prometían al Salvador –realidad que confirma el mismo Salvador al decir: *Si creyerais a Moisés me crearíais también a mí, pues él escribió de mí*– sobre lo que en su momento diserté cuanto me pareció oportuno, contra las desvergonzadas acusaciones de los maniqueos. Lejos de nosotros valorar a Moisés, varón de tal categoría y magnitud, por las palabras que salen de la boca maldiciente de Fausto; a este Moisés, siervo del Dios vivo, del Dios verdadero, del Dios supremo, del autor del cielo y de la tierra, no de materia ajena sino de la nada, no porque le forzase necesidad alguna sino porque rebosaba de bondad; a este Moisés, repito, humilde al rehusar tan gran ministerio, sumiso al aceptarlo, fiel al mantenerlo, valiente al ejercerlo, vigilante en el gobierno de su pueblo, enérgico en la corrección, ardiente en el amor y paciente en la tolerancia, quien, en favor de aquellos a cuyo frente estaba, hizo de mediador con Dios cuando estaba propicio y se puso delante de él cuando estaba airado. Al contrario, lo valoramos por las palabras del Dios verídico que conoce verazmente al hombre criatura suya, puesto que incluso reconoce como juez en quienes no los confiesan y en quienes los confiesan perdona como padre, los pecados de los hombres de los que él no es autor. Por la palabra de Dios amamos, admiramos y en cuanto podemos imitamos a su siervo Moisés,

---

changé en serpent (Ex 7,8-13)», en *Mélanges T. Van Bavel*, Louvain 1990, 781-795; ID., «Les sandales de Moïse», en *Mélanges J. Fontaine*, Paris, 1992, 99-106; GILSON, E., *Philosophie et incarnation selon saint Augustin*; Ad Solem, Genève, 1999; LEBRETON, J., «Saint Augustin théologien de la Trinité. Son exégèse des théophanies», en MiAg. II, Roma, 1931, 822-836; MADEC, G., «“Ego sum qui sum” de Terutullien à Jérôme», en *Dieu et l’Être. Exégèses d’Ex 3,14 et de Cora 20,11-24*, Paris 1978, 21-139; ZUM BRUNN, E., «L’exégèse augustinienne de “Ego sum qui sum” et la métaphysique de l’Exode», en *Dieu et l’Être. Exégèses d’Ex 3,14 et de Cora 20,11-24*, Paris 1978, 141-164.

a pesar de serle muy inferiores en méritos, no obstante que no hemos dado muerte o expoliado a ningún egipcio, no hemos hecho guerra alguna, cosas que él hizo. La primera en cuanto defensor de lo que iba a suceder después, y la segunda por mandato de Dios”<sup>4</sup>.

Moisés es para San Agustín, en primer lugar, un gran profeta<sup>5</sup>. Cristo mismo dio testimonio de él: “Porque de mí escribió él” (Io 5, 46). Agustín dirá: “Mas como todo lo que escribió Moisés es sobre Cristo, es decir, se refiere cabalmente a Cristo, ya porque lo anuncia con antelación mediante figuras, presentes en realidades hechas o dichas, ya porque encarece su gracia y su gloria”<sup>6</sup> “Por medio de este hombre suyo, Dios dio la ley a su pueblo, y por su medio lo libró de la esclavitud, y lo condujo por el desierto durante cuarenta años”<sup>7</sup>. Conocía los misterios que dispensaba y sabía que debían ser dispensados aunque, en el presente, estaban cerrados, pero serían desvelados en el futuro<sup>8</sup>. Moisés simboliza para San Agustín todo el Antiguo Testamento y nos ofrece todo lo que en su vida anuncia a Cristo.

“Ya en presencia de la luz, investiguemos lo que significan las demás: cuál es el significado del mar, las nubes, el maná. Esto no nos lo expuso, pero nos mostró qué era la roca. El tránsito a través del mar es el bautismo. Mas como el bautismo, es decir, el agua salvadora, no es salvadora si no ha sido consagrada con el nombre de Cristo, que derramó su sangre por nosotros, se signa al agua con su cruz. Para significarse esto en aquel bautismo, se atravesó el mar Rojo. Qué simbolice el maná del cielo lo expuso claramente el mismo Señor: *Vuestros padres* –dice– *comieron el maná en el desierto y murieron*. ¿Cómo iban a vivir, si la figura, aunque pudiese preanunciar la vida, no podía ser vida? *Comieron* –dice– *el maná y murieron*, es decir, el maná que comieron no pudo librarlos de la muerte; lo cual no significa que el maná les causase la muerte, sino simplemente que no los libró de ella. Quien, en cambio, iba a librarlos era quien estaba figurado en el maná. El maná

<sup>4</sup> C. Faust man XXII, 69, PL 42, 443-444.

<sup>5</sup> Ad Donn. post, coll. 20, 31, PL.43, 671-672

<sup>6</sup> C. Faust man. XVI, 9, PL.42, 320.

<sup>7</sup> En Ps 89,1; PL 37, 1141.

<sup>8</sup> S. 352, 3, PL 39, 1551.

procedía, en verdad, del cielo. Ved lo que figuraba: *Yo soy –dice– el pan vivo que he bajado del cielo.* Como personas aplicadas y bien atentas, prestad atención a las palabras del Señor para progresar y saber leer y escuchar. *Comieron –dice– el mismo alimento espiritual.* [...] ¿Qué significa *el mismo* sino que comieron el mismo que nosotros? Veo que es un tanto difícil de exponer y explicar lo que he intentado decir, pero me ayudará vuestra benevolencia; ella conseguirá del Señor que sea capaz. *Comieron –dice– el mismo alimento espiritual.* Hubiera bastado decir: «Comieron un alimento espiritual». Pero dijo *el mismo*. No encuentro otra forma de entender este *el mismo* que refiriéndolo al que comemos también nosotros. Entonces –dirá alguno–, ¿aquel maná es el mismo que recibo yo ahora? Si es así, nada vino ahora, si es que ya estuvo antes. De esta forma queda sin contenido el escándalo de la cruz. ¿Por qué, pues, es *el mismo* sino porque añadió *espiritual*? En efecto, quienes entonces recibieron el maná pensando que sólo satisfacía su necesidad corporal y que alimentaba su vientre, no su mente, nada grande comieron; simplemente satisficiaron su necesidad. Dios a algunos los alimentó y a otros les significó algo. Los primeros comieron un alimento corporal, pero no un alimento espiritual. Había, pues, allí quienes entendían qué comían; había allí quienes saboreaban más a Cristo en su corazón que el maná en la boca. ¿Para qué hablar de otros? Entre ellos estaba, en primer lugar, el siervo de Dios Moisés, fiel en toda su casa, que sabía lo que dispensaba, porque entonces debían dispensarse realidades cerradas en el presente y desveladas en el futuro”<sup>9</sup>.

Moisés representa la Ley. Esta es la razón por la que se encuentra al lado de Elías en el momento de la Transfiguración. “Moisés representa la Ley, Elías a los Profetas, el Señor al Evangelio”<sup>10</sup>. Pero la Ley no puede dar la vida, por esto Moisés no entrará en la Tierra Prometida<sup>11</sup>. “Moisés representaba a aquellos que estaban bajo la Ley, porque la Ley fue dada por medio de Moisés. Y así dio a conocer a los que quieran vivir bajo la Ley, y no bajo la gracia, los cuales no entrarán en

---

<sup>9</sup> S. 352, 3, PL 39, 1551.

<sup>10</sup> In Io ev tr. 17, 4; PL. 35, 1529

<sup>11</sup> Quest.in Hept. 4,53, PL 34, 743.

la tierra de promisión”<sup>12</sup>. Lo mismo que todo el Antiguo Testamento habla de Cristo, todo en la vida de Moisés hace referencia a Cristo. Moisés, a través de su vida, nos enseña a leer el Antiguo Testamento.

Pero si San Agustín habla con frecuencia de Moisés, se detiene, sin embargo, con detalle y amplitud en algunos acontecimientos de su vida, como la aparición de Dios en la zarza ardiendo, el despojamiento de los bienes de los egipcios, la serpiente de bronce, la roca que golpea con su bastón. Nos detenemos únicamente en la aparición de Dios en las zarzas ardiendo y la aparición en el hueco de la roca.

## I. LA PRESENCIA DE DIOS EN LA ZARZA ARDIENDO

San Agustín habla de este texto de la Escritura (Ex 3, 1-4;17) en varios lugares<sup>13</sup>. Es un texto de suma importancia para él ya que le remite a su experiencia personal. Todos los detalles de este acontecimiento tienen para San Agustín un sentido profético. La tierra sagrada que pisa Moisés y en donde oye decir: «*No te acerques; quítate las sandalias de los pies porque la tierra que pisas es sagrada*» (Ex 3, 5) simboliza la Iglesia<sup>14</sup>. Dios le pide a Moisés que quite las sandalias de sus pies: “Quita las sandalias de tus pies, porque las sandalias significan los pecados”<sup>15</sup>. La zarza está con frecuencia llena de espinas; las espinas significan igualmente los pecados<sup>16</sup>. La zarza es, igualmente, símbolo del pueblo judío; en el pueblo judío Dios se revela en medio de los pecados, de las espinas<sup>17</sup>. La zarza ardiendo significa, sobre todo, la presencia de Dios en la Ley<sup>18</sup>. El fuego que arde sin consumirse es la Ley que es incapaz de purificar al hombre de sus pecados.

---

<sup>12</sup> En Ps 98,12, PL 37,1267-1268..

<sup>13</sup> DOULAEY, M., «La geste de Moïse dans l’œuvre d’Augustin», en *Revue d’études augustiniennes et patristiques*, 57 (2011) 9.

<sup>14</sup> S 101,6, 7, SPM 1,50.

<sup>15</sup> S 101,7, SPM 1,50.

<sup>16</sup> S 6,3, PL 38,61; 7, 2. PL 38,63.

<sup>17</sup> S 6,3, PL 38,61.

<sup>18</sup> S 6,3, PL 38,61.

“Advertid también el hecho –en el que parece que se nos ofrece un signo– de haberse aparecido en una zarza, zarza que no se quemaba, no se calcinaba; aunque se manifestaba como fuego, no quemaba la zarza. ¿Cabe pensar que la zarza significa algo bueno, considerando que tiene espinas? Pues si el fuego hubiese consumido las espinas, sería signo de que la palabra del Señor dirigida a los judíos habría aniquilado sus pecados, y aquella ley habría puesto fin a sus iniquidades. Si, pues, el fuego en la zarza es como la ley en los judíos, entonces las espinas son a la zarza como los pecados a los judíos. Y aquí el fuego no quemó las espinas, del mismo modo que la ley no aniquiló los pecados”<sup>19</sup>.

Es cierto que todos estos hechos son para San Agustín signos, advertencias o “admonitiones” de Dios<sup>20</sup>.

La presencia o la revelación de Dios en la zarza ardiendo le plantea a San Agustín el problema de la visión de Dios. Moisés ve el fuego y, a la vez, ve una aparición designada como “ángel del Señor” (v. 2). Sin embargo, un poco más adelante, en el v. 4, es el Señor mismo quien se dirige a Moisés desde la zarza ardiendo. Moisés ve, por consiguiente, un ángel, una criatura en la cual Dios está presente y que se dirige a él. Dios se sirve pues de una criatura para manifestarse.

Ahora bien, años más tarde, en el *Sermón 7* (412), Agustín retorna sobre esta visión de Moisés. Si ve a un ángel es, sin embargo, Dios mismo quien le habla<sup>21</sup>. Y Agustín propone dos hipótesis: Moisés ve un ángel, es decir, al Hijo, al Verbo de Dios, ya que Isaías (9, 5) llama al Verbo de Dios “*Ángel del Gran Consejo*”. En “*Contra Adimantum*” como en el *Sermón 6*, los dos de la misma época (394-395), San Agustín afirma que es el Hijo mismo quien revela al Padre, según Juan 1, 18: “*Es él quien lo ha dado a conocer*”. Es pues el Hijo quien revela al Padre en la teofanía del monte Horeb.

“Sobre el texto en que está escrito que Dios habló con Adán y Eva, con la serpiente, con Caín, y con los restantes hombres de los

<sup>19</sup> S 6,3, PL 38,61.

<sup>20</sup> MADEC, G., «*Foris admonet, intus docet*», en BA 6, 540-543.

<sup>21</sup> S. 7, 5, PL. 38, 65.

tiempos iniciales, está escrito además que a algunos de ellos se les apareció y que ellos le vieron. Y no es uno sólo, sino muchos los lugares en los que se lee que Dios habló con los hombres y se apareció a algunos de ellos. Al respecto urden los maniqueos sus asechanzas afirmando que todo eso contradice al Nuevo Testamento, puesto que dice el Señor: *A Dios nadie le ha visto jamás, a no ser el Hijo único que está en el seno del Padre; él nos ha hecho el anuncio del Padre.* Y también estas palabras dirigidas a los judíos: *Nunca habéis oído su voz ni habéis visto su rostro, ni tenéis su palabra permaneciendo en vosotros, porque no habéis creído en aquel a quien él envió.* Les respondemos que en las palabras del Evangelio *A Dios nadie le ha visto jamás, a no ser el Hijo único que está en el seno del Padre; él nos ha hecho el anuncio del Padre,* se puede resolver plenamente el problema. En efecto, el mismo Hijo que es la Palabra de Dios anunció al Padre a quien quiso, no sólo en los últimos tiempos, cuando se dignó aparecer en carne, sino incluso antes, desde la creación del mundo, ya hablando, ya apareciéndose mediante alguna potestad angélica o por alguna otra criatura. Porque él es la verdad presente en todo; todo subsiste en él y todo le sirve y está sometido a su voluntad. Y así, cuando lo tiene a bien, se aparece a los ojos de quien él elige, sirviéndose de una criatura visible, no obstante que él en cuanto a su divinidad y en cuanto Palabra del Padre, coeterna con él e inmutable, por la que fueron hechas todas las cosas, no pueda ser visto, sino con un ojo muy purificado y simple. Por eso la misma Escritura atestigua en ciertos lugares que se vio a un ángel donde dice que se vio a Dios”<sup>22</sup>.

Algo más tarde, en el libro II *De Trinitate* (412) como en el *Sermón 7* será, sobre todo, la misma Trinidad divina o una de las tres divinas Personas quien se mostraba en las teofanías. Con ello busca evitar la afirmación de los arrianos que afirmaban que era el Hijo el que se hacía visible por ser inferior al Padre, ya que el Padre era invisible<sup>23</sup>.

En la zarza ardiente, Dios se revela a Moisés no solamente como *Aquel que es* (Ex 3, 14), sino igualmente como el Dios de nuestros Padres, *Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob* (Ex 3,6). Este texto

<sup>22</sup> C. Adim, 9, 1, PL. 42,139-140

<sup>23</sup> DOULAEY, M., «La geste de Moïse dans l’œuvre d’Augustin», en *Revue des études augustinianes et patristiques*, 57 (2011), 12-13.

del Éxodo le atribuye a Dios, en primer lugar, un nombre: “*Yo soy el que Es*”; después, inmediatamente, le atribuye otro nombre, *Dios de Abraham, de Isaac et de Jacob*. Dios se da por consiguiente dos nombres. Estos dos nombres corresponden precisamente a las dos imágenes que Agustín se había hecho de Dios en el momento de su conversión.

“Al preguntar por el nombre de Dios, se le contestó eso: *Yo soy el que soy. Dirás a los hijos de Israel. El que Es me envió a vosotros*. ¿Qué significa eso? ¡Oh Dios!, ¡oh Señor nuestro!, ¿cómo te llamas? Contesta: *me llamo «Es»*. ¿Y qué significa «Me llamo Es»? Que permanezco eternamente, porque no puedo cambiar. Porque las cosas que cambian no son, porque no permanecen. Pues lo que es permanece. Lo que se cambia fue algo y será algo; pero no es, puesto que es mudable. Luego bajo la expresión *Yo soy el que soy* se dignó comunicarnos la inmutabilidad de Dios”<sup>24</sup>.

En la interpretación de este primer nombre de Dios, *Es*, Agustín encuentra precisamente las ideas de los filósofos platónicos sobre Dios. Para estos filósofos el Ser, Dios, se define, en primer lugar, como el *Idéntico*, como el *Eterno e Inmutable*. Agustín no rechaza esta idea de Dios: Dios es el *Mismo*, Dios es el *Idéntico*. Encuentra precisamente una concordancia perfecta entre el Dios de los platónicos y el Dios de la Escritura<sup>25</sup>.

Ahora bien, la novedad o el descubrimiento de Agustín sobre Dios en el momento de su conversión, no se encuentra a propósito del primer nombre de Dios, sino del segundo: “*Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob*”.

“¿Qué significa, entonces, el que después se asignara otro nombre al decir: *Y dijo Dios a Moisés: Yo soy el Dios de Abraham y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob; este es mi nombre para siempre?* Allí, porque *Soy*, me llamo de una manera, y aquí tengo otro nombre: *Yo soy el Dios de Abraham y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob*. ¿Cómo se explica? Porque como Dios

<sup>24</sup> S 6,4, PL 38,61.

<sup>25</sup> MADEC, G., *Le Dieu d'Augustin*, Cerf, Paris, 1998, 127-142; ZUM BRUNN, E., «L'exégèse augustinienne de “Ego sum qui sum” et la métaphysique de l'Exode», en *Dieu et l'Être*, Études augustiniennes, Paris 1978, 141-164; GILSON, E., *Philosophie et incarnation selon saint Augustin*; Ad Solem, Genève 1999, 11-39.

inmutable, hizo todas las cosas por misericordia, y el mismo Hijo de Dios, tomando carne mutable, permaneciendo en su condición de Palabra de Dios, se dignó venir y socorrer al hombre. Así, pues, *el que Es* se dignó revestirse de carne mortal para que pudiera decirse: *Yo soy Dios de Abraham y Dios de Isaac y Dios de Jacob*<sup>26</sup>.

Dios es un Dios de misericordia. Viene al hombre para socorrerle, para ayudar al hombre para que éste retorne a él.

“No puedes comprender al *Idéntico*, a Aquel que *Es*; sería entender mucho, penetrar demasiado. Retén lo que por ti se hizo Aquel a quien no puedes comprender. Retén la carne de Cristo, sobre la que eres llevado enfermo cuando fuiste abandonado semivivo, debido a las heridas de los salteadores, para ser conducido a la posada, y allí ser curado. [...] Para que te hicieras tú partícipe *in Idipsum*, en el mismo, Él se hizo primeramente partícipe tuyo: el Verbo se hizo carne para que la carne participe del Verbo. [...] No desesperes porque dijo: *Yo soy el que soy*; y también: *El que Es me envió a vosotros*. Tú ahora fluctuas, y por la mutabilidad de las cosas e inconstancia de la humana mortalidad no puedes percibir lo que es el *idipsum* (la permanencia en sí mismo). Por eso yo bajo, porque tú no puedes acercarte: *Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob*. Espera un tanto en el linaje de Abraham a fin de que puedas ser confirmado para ver a Aquel que viene a ti en el linaje de Abraham”<sup>27</sup>.

Dios no es únicamente un ser en sí, cerrado sobre sí mismo. Es, ante todo, Aquel que quiere estar con nosotros. Su verdadero nombre es Emmanuel, “Dios con nosotros”.

## II. INHORRESCO E INHARDESCO

Estas dos concepciones de Dios, “Dios en sí” y “Dios con nosotros”, se traducen en dos actitudes o dos comportamientos muy diferentes: el temor y el amor, o de una forma más precisa, el deslumbramiento

<sup>26</sup> S 6,5, PL. 38,38,61.

<sup>27</sup> En Ps 121,5, PL 37,1622.

miento y la atracción. San Agustín expresa estas dos actitudes con dos palabras sumamente fuertes: *inhorresco* e *inhardesco*: “Estoy a la vez lleno de horror y lleno de ardor”<sup>28</sup>.

Estas son las dos actitudes que adoptamos habitualmente frente a una realidad que nos sobrepasa y que, sin embargo, toca lo más profundo del corazón. Estas dos actitudes se encuentran expresadas precisamente, y con plena claridad, en este pasaje de la Sagrada Escritura sobre “la zarza ardiendo”: Moisés se siente atraído por el fuego, pero lleno de temor cae de rodillas y se cubre el rostro con su manto.

Moisés se encuentra solo en la montaña, ocupado en la tarea cotidiana de guardar su ganado. “*Hacía pastar el rebaño de su suegro*”. Y he aquí que un hecho totalmente banal despierta su atención, el fuego de un matorral, de unas zarzas. Y, sin embargo, si se presta atención, ese fuego no es como los otros fuegos. Moisés, en ese momento, no se contenta con verlo desde lejos; quiere contemplarlo de cerca. Se siente atraído por ese fuego: “*Voy a acercarme*”, dirá. Moisés se deja poseer por ese acontecimiento. Emprende el camino de la admiración. Y he aquí que oye la voz de Dios que le dice: “*Moisés, Moisés*”. Él responde: “*Aquí estoy*”. Dios le dice: “*No te acerques, retira las sandalias de tus pies porque el lugar en el que te encuentras es tierra sagrada*”. Dios se dirige a Moisés. Moisés oye su voz. “*Moisés cubre su rostro, porque temía ver a Dios*”. Cuando los ojos se cierran, el corazón se abre para acoger la palabra. Y la oración brota del corazón de Moisés. “*¿Quién soy yo, Señor?*” Moisés se abre a Dios, y el diálogo se inicia: “*No temas, yo estoy contigo*”.

Moisés se siente deslumbrado ante la santidad sin límite de Dios. Cae de rodillas, cubre el rostro con su manto. Hay en él un sentimiento de anonadamiento. Es el mismo sentimiento que se encuentra en el profeta Isaías frente a Dios (Is 6, 1-8).

A lo largo de toda la Escritura, Dios se presenta rodeado de misterio. El misterio es una realidad inexplicable, oculta y que nos perturba. Este miedo ante el misterio de Dios se encuentra bien indicado en la idea bíblica de que no se puede ver a Dios sin morir. En el Antiguo Testamento hay siempre como una cierta incompatibilidad entre

---

<sup>28</sup> Conf. XI, 9, 11, PL.32, 813

Dios y el hombre. Dios es demasiado grande, sobrepasa todo límite para que el hombre pueda contemplarlo. Ante el misterio de Dios el sentimiento del hombre es el aturdimiento. La Escritura dice que el profeta Ezequiel, ante el misterio de Dios, “*permaneció siete días lleno de estupor*” (Ez 3, 15).

El estupor, el aturdimiento es el sentimiento que experimentamos ante una realidad que nos sobrepasa y ante la cual carecemos de todo punto de referencia. Esta realidad nos es totalmente extraña, desconocida y, ante ella, nos sentimos desconcertados, perdidos.

San Agustín tuvo una experiencia sumamente fuerte de Dios que le marcó toda la vida. Retorna sobre esta experiencia con suma frecuencia<sup>29</sup>. Esta experiencia es precisamente uno de los fundamentos de su pensamiento.

“Y reverberaste la debilidad de mi vista, dirigiendo tus rayos con fuerza sobre mí; y me estremecí de amor y de horror. Y advertí que me hallaba lejos de ti en la región de la desemejanza”<sup>30</sup>.

Es de suma importancia analizar esta experiencia de Agustín. Ella ilumina todo un aspecto de su pensamiento y sobre todo su interpretación de la vida de Moisés. Cada vez que habla de esta experiencia retorna sobre la reverberación, sobre el deslumbramiento que nos fuerza a apartar nuestra mirada de Dios.

“Ella (la Sabiduría) es cierta luz inefable e incomprendible de las inteligencias. Nuestra luz ordinaria nos ayude en lo posible a elevarnos a ella. Hay ojos tan sanos y vigorosos que, después de abrirse, pueden mirar de hito en hito sin parpadear la lumbre del sol. Para ellos, la luz es la sanidad, sin que necesiten de magisterio, y sí tan sólo de alguna amonestación. Bástales creer, esperar y amar. Otros, al contrario, se deslumbran con la misma luz que desean contemplar tan ardiente-

<sup>29</sup> Conf. VII, 10, 16, PL.32, 712 ; Ib VII, 17, 23, PL.32, 744-745 ; Ib IX, 10, 23-25, PL32, 774-775. ; S 52,16-17, RB 74 (1964), 26-27; En. Ps. 41,7-8, PL 36, 467-469; Io. eu.tr. 20,11-13, PL.35, 1562-1563.

<sup>30</sup> Conf. VII, 10, 16,PL.32, 742.

mente, y sin conseguir lo que quieren, muchas veces tornan a la sombra con deleite”<sup>31</sup>.

San Agustín toma con frecuencia la imagen de la luz para hablar de Dios:

“Dios es una luz inefable e incomprendible para la inteligencia”<sup>32</sup>.

“Así, pues, como en el sol visible podemos notar tres cosas: que existe, que esplende, que ilumina, de un modo análogo, en el secretísimo Sol divino a cuyo conocimiento aspiras, tres cosas se han de considerar: que existe, que se clarea y resplandece en el conocimiento, que hace inteligibles las demás cosas”<sup>33</sup>.

Y Agustín se siente deslumbrado por la presencia de Dios. Dios se le presenta en medio de la reverberación, sin forma ni límite. Frente a Dios todos los puntos de referencia de la razón desaparecen. Por esto no cesa de afirmar que de Dios no podemos decir nada.

“Entonces, ¿qué podemos decir, hermanos, de Dios? Si lo que quieres decir lo has comprendido, no es Dios; si pudiste como comprenderlo, has comprendido otra cosa en lugar de Dios. Si crees haberlo comprendido, te dejaste engañar por tu imaginación. Si lo has comprendido, entonces no es Dios; si en verdad se trata de él, no lo has comprendido. ¿Cómo, pues, quieres hablar de lo que no has podido comprender?”<sup>34</sup>.

La insopportable claridad de la Luz cae sobre los ojos de Agustín. Mirar cara a cara una fuente luminosa, es quemarse los ojos, perder todo punto de referencia, caer en lo informe. Cuando se mira una fuente luminosa, puesto que es imposible fijar los ojos en ella, el interés se centra en los ojos mismos. La atención pasa de lo que se contempla a nosotros mismos, a nuestros propios ojos. La luz nos hace mal, hiere nuestros ojos, por esto sepáramos la mirada de ella.

<sup>31</sup> Sol I, 13, 23, PL 32, 881-882.

<sup>32</sup> Sol I, 13, 23, PL. 32, 881.

<sup>33</sup> Sol I, 8, 15, PL. 32, 877.

<sup>34</sup> S 52, 16, RB 74 (1964) 27.

Nos descubre lo que somos, que estamos lejos de lo que es la fuente luminosa: “Y descubrí que estaba lejos de ti, en la región de la dese-mejanza”<sup>35</sup>.

Este deslumbramiento es un dato permanente de la experiencia de Dios de San Agustín. Cada vez que habla de esta experiencia de Dios, retorna a este deslumbramiento.

En esta experiencia, Dios se le presenta como el *Idéntico*, como el *Eterno* e *Inmutable*, como aquel que *Es*. Todo el resto es cambiante, temporal, como lo que “*no es*”. San Agustín conservará siempre esta idea de Dios. En las *Confesiones*, se pregunta:

“Pues ¿qué es entonces mi Dios? [...] Sumo, óptimo, poderosísimo, omnipotentísimo, misericordiosísimo y justísimo; secretísimo y presentísimo, hermosísimo y fortísimo, estable e incomprensible, inmutable, mudando todas las cosas; nunca nuevo y nunca viejo; renueva todas las cosas y conduce a la vejez a los soberbios sin ellos saberlo; siempre obrando y siempre en reposo; siempre recogiendo y nunca necesitado; siempre sosteniendo, llenando y protegiendo; siempre creando, nutriendo y perfeccionando; siempre buscando y nunca faltó de nada”<sup>36</sup>.

Frente a Dios, Agustín se siente anonadado, como si algo fuera de todo límite golpease con intensidad sus ojos y su conciencia.

### III. EN LA HENDIDURA DE LA ROCA

Otro texto del Éxodo en relación muy estrecha con Ex 3, 1-15 y sobre el cual San Agustín llama con frecuencia la atención, es Éxodo 33, 13-23:

“Ahora bien, si realmente he obtenido tu favor, muéstrame tus designios, para que yo te conozca y obtenga tu favor; mira que esta gente es tu pueblo [ . . ]. Y añadió: «Pero mi rostro no lo puedes ver, porque

<sup>35</sup> Conf. VII, 10, 16, PL. 32, 742.

<sup>36</sup> Conf. I, 4, 4,PL.32,662-663

no puede verlo nadie y quedar con vida». Luego dijo el Señor: «Aquí hay un sitio junto a mí; ponte sobre la roca. Cuando pase mi gloria, te meteré en una hendidura de la roca y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después, cuando retire la mano, podrás ver mi espalda, pero mi rostro no lo verás» (Ex 33, 13-23).

Este texto del Éxodo es, en primer lugar, para San Agustín “una profecía de gran importancia”<sup>37</sup>. Todos sus detalles “son signos”, nos remiten a otra cosa, nos remiten a Cristo. Son profecías.

«*Pasaré ante ti*» hace referencia a la Pasión y a la Resurrección de Cristo que son el verdadero «*paso*» y que se llama Pascua.

“Cuando Moisés pidió al Señor: *Muéstrame tu gloria*, el Señor le respondió: *Yo pasaré ante ti con mi gloria y llamaré con el nombre del Señor en tu presencia: y me apiadaré de quien me habré apiadado, y tendré misericordia de quien habré tenido misericordia*[. . .] Porque se entiende que le habla y le dice: *Yo pasaré delante de ti*, aquel mismo de quien dice el evangelio: *Habiendo llegado la hora de pasar Jesús de este mundo al Padre*. Este paso o tránsito suele interpretarse también como la Pascua. Se trata, por tanto, de una grandísima profecía”<sup>38</sup>.

“*Tú me verás de espalda*” hace referencia a Cristo. En él está, en primer lugar, la “cara”. Es su estado divino que nadie, evidentemente, puede ver sin morir<sup>39</sup>. En segundo lugar está la *espalda*. Es “el cuerpo con el cual nació de la Virgen, murió y resucitó”<sup>40</sup>. Este texto no es más que una prefiguración del misterio de la Encarnación.

“La expresión: *pasaré delante de ti* parece ser que Moisés la entendió en el sentido de que Dios no estaría presente con él y con el pueblo durante el viaje, y por eso le dice: *Si no vienes tú mismo con nosotros, no me hagas salir de aquí*. Sin embargo, Dios no le negó esto, sino que le dijo: *Te haré también esto que me has pedido*. Por consiguiente, al decirle Moisés: *Muéstrame tu gloria*, ¿cómo parece decirle otra vez: *Yo mismo pasaré delante*

<sup>37</sup> Quaest. Hept. 2, 154, 1, PL 34,618.

<sup>38</sup> Quaest. Hept. 2, 154, 1, PL 34,618.

<sup>39</sup> Trin II, 17, 28, PL42, 863.

<sup>40</sup> Trin II, 17, 28, PL42, 863.

*de ti*, dando a entender que iba a precederles y no iba a acompañarlos, a no ser que se trate de otra cosa? Porque se entiende que le habla y le dice: *Yo pasé delante de ti*, aquel mismo de quien dice el evangelio: *Habiendo llegado la hora de pasar Jesús de este mundo al Padre*. Este paso o tránsito suele interpretarse también como la Pascua. Se trata, por tanto, de una grandísima profecía. Pues él, Jesús, antes de todos los santos pasó de este mundo al Padre para prepararles las mansiones del reino de los cielos, que se las dará en la resurrección de los muertos, porque él, que iba a pasar delante de todos, se convirtió en *el primogénito de entre los muertos*<sup>41</sup>.

“*Nadie entre los hombres vera mi rostro sin morir*”. Para ver a Dios, para contemplarle es necesario en cierto modo morir. Veremos a Dios, lo contemplaremos después de esta vida, pero también después de la muerte de las pasiones, de la muerte a este mundo. Ahora no vemos a Dios más que de *espalda*, es decir desde la fe: “Mientras peregrinamos lejos de Dios y caminamos por fe y no por visión, vemos las espaldas de Cristo, es decir, su carne, mediante la fe”<sup>42</sup>.

“En la vida presente, si sabemos penetrar en el conocimiento espiritual de la Sabiduría de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, moriremos a los afectos de la carne, y, reputando muerto para nosotros el mundo y muertos nosotros al siglo, podemos repetir con el Apóstol: El mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. De esta muerte dice de nuevo: Si estáis muertos en Cristo, ¿Por qué, como si vivieseis en el siglo, juzgáis según sus máximas? Con justa razón se dice que nadie puede ver el rostro, es decir, la manifestación de la Sabiduría de Dios, y vivir”<sup>43</sup>.

“*Estarás sobre la roca*”. La roca en donde Moisés ha de encontrarse para ver pasar al Señor es la Iglesia fundada sobre la roca que es Pedro.

“El lugar junto al Señor es aquí la Iglesia católica, firme roca desde donde todo el que cree en su resurrección ve la Pascua del Señor, es decir, el tránsito de Cristo, y sus espaldas, esto es, su cuerpo”<sup>44</sup>.

---

<sup>41</sup> En. Ps. 138,8, PL 37,1788-1789.

<sup>42</sup> Trin II, 17, 28, PL.42, 864.

<sup>43</sup> Trin II, 17, 28, PL.42,864

<sup>44</sup> Trin II, 17, 30, PL.42, 865

*“Te cubriré con mi mano”.* La mano de Dios cubre los ojos de Moisés. Moisés es el símbolo del pueblo judío que no cree en Cristo, ciego por la mano de Dios.

“¿Qué significa: *No verás mi rostro, pero verás mis espaldas?* ¿A quién personificaba Moisés cuando se le dijo: *No verás mi rostro*, sino: *Verás mis espaldas*, y esto *cuando pase*; mas, para que no veas mi rostro, *pondré delante de ti mi mano*? Llamó su rostro a sus principios, y en cierto modo sus espaldas, al tránsito de este mundo por su pasión. Se manifestó a los judíos; no le conocieron. Moisés los personificaba cuando se le decía: *No puedes ver mi rostro*. ¿Por qué no vieron a Dios presentado en carne? Porque sintieron sobre ellos el peso de la mano del Señor”<sup>45</sup>.

Cuando Dios retiró su mano los fieles procedentes del judaísmo reconocieron a Cristo.

“Después de haber pasado, retiró la mano que tenía delante de sus ojos; y, apartada la mano de sus ojos, dicen a sus discípulos: *¿Qué haremos?* Primeramente fueron inhumanos, después piadosos; primeramente coléricos, después tímidos; primeramente duros, después flexibles; primeramente ciegos, después iluminados”<sup>46</sup>.

“Esto, efectivamente, sucedió con aquellos a los que significaba entonces la persona de Moisés, es decir, con los israelitas, que creyeron después en el Señor Jesús, como dicen los Hechos de los Apóstoles, o sea, tan pronto como pasó su gloria”<sup>47</sup>.

Este texto del Éxodo le plantea a Agustín algunos problemas y problemas realmente importantes.

En primer lugar Moisés se dirige a Dios y le pide ver su rostro. “*Si he obtenido gracia a tus ojos, muéstrate claramente a mí*”. Esta petición de Moisés es, en cierto modo, la petición de todo hombre. Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza. La imagen, por naturaleza, busca a su propio modelo. Todo hombre, consciente o inconscientemente,

<sup>45</sup> En. Ps. 138,8, PL 37,1789.

<sup>46</sup> En. Ps. 138,8, PL 37,1790.

<sup>47</sup> Quaest. Hept. 2, 154, 7, PL 34,618.

busca a Dios: “Dios a quien ama todo aquel que conscientemente o inconscientemente ama”<sup>48</sup>. Dios ha hecho al hombre para él: “Nos has hecho para ti y nuestro corazón está sin descanso hasta que no descanse en ti”<sup>49</sup>. El hombre se siente separado de Dios y suspira, tiene hambre de Dios. Este deseo del hombre va mucho más allá que el deseo de las cosas de este mundo: salud, riquezas, prestigio.

“Mi alma tiene sed del Dios vivo. Cuando digo: Como el ciervo desea las fuentes de agua, así mi alma te desea, oh Dios, es como si dijera: Mi alma tiene sed del Dios vivo. ¿De qué tiene sed? ¿Cuándo llegaré a ver el rostro de Dios? De esto es de lo que tengo sed: de llegar y estar en su presencia. Tengo sed en mi peregrinación, tengo sed durante el camino. Quedaré saciado cuando llegue. Pero ¿cuándo llegaré? Porque lo que es pronto para Dios, es lento para el deseo. ¿Cuándo llegaré a ver el rostro de Dios? De este deseo brota la exclamación expresada en otro pasaje: Una cosa pido al Señor, eso buscaré: habitar en la casa del Señor por todos los días de mi vida. ¿Y esto para qué? Para contemplar la dulzura del Señor, cuando llegue a ver el rostro de Dios”<sup>50</sup>.

Este deseo que habita el corazón del hombre no es solamente un deseo de conocer a Dios, es un deseo de ver a Dios:

“Sin embargo, oyendo día tras día: ¿Dónde está tu Dios?, y alimentado diariamente con mis lágrimas, al meditar día y noche lo que oí: ¿Dónde está tu Dios?, yo mismo he procurado buscar a mi Dios, y así, en lo posible, no sólo creer en él, sino poder de algún modo verlo”<sup>51</sup>.

Moisés pide ver el rostro de Dios. Ahora bien, en el v. 11, parece que Dios ya se le había mostrado: “*El Señor hablaba con Moisés cara cara, como un hombre habla con su amigo*”. Y, sin embargo, en el v. 20, Dios le dice: “*Pero mi rostro no lo puedes ver, porque no puede verlo nadie y quedar con vida*”. San Agustín es consciente de la dificultad que plantean estos

<sup>48</sup> Sol I, 1, 2,PL. 32,869.

<sup>49</sup> Conf. I, 1, 1,PL.32,661

<sup>50</sup> En. Ps. 41, 5, PL 36,466.

<sup>51</sup> En. Ps. 41, 7, PL 36,467.

textos<sup>52</sup>. Moisés desea ver a Dios tal cual es y no a través de las criaturas. Quiere verlo en sí mismo.

Las visiones anteriores de Moisés habían sido unas visiones corporales. Lo que Moisés pide ahora es, precisamente, no una visión corporal, sino una visión espiritual. Moisés había visto y oído a Dios en diferentes ocasiones y de formas muy diversas: la zarza ardiendo, en el Sinaí, sobre la montaña. Estas eran unas visiones a través de la mediación de una criatura:

“Las visiones narradas tuvieron lugar por medio de la criatura mutable, sujeta al Dios inmutable, para manifestar la presencia de Dios, no en su esencia, sino de una manera simbólica, según las circunstancias de tiempo y lugar lo exigían”<sup>53</sup>.

Ahora bien, el libro de los *Números* afirma que Moisés tuvo una visión “intelectual” de Dios.

“Y el Señor les habló: «Escuchad mis palabras: si hay entre vosotros un profeta del Señor, me doy a conocer a él en visión y le hablo en sueños; no así a mi siervo Moisés, el más fiel de todos mis siervos. A él le hablo cara a cara; abiertamente y no por enigmas; y contempla la figura del Señor. ¿Cómo os habéis atrevido a hablar contra mi siervo Moisés?” (Num 12, 6-8).

Moisés, al pedirle al Señor el verle cara a cara, es consciente de que no le había visto en sí mismo con anterioridad: “Moisés, a pesar de su deseo, no obtuvo esta visión”<sup>54</sup>.

Años más tarde, San Agustín retorna este tema de la visión de Dios. Profundiza esta cuestión y habla ampliamente de tres clases de visión: visión por medio de los ojos de nuestro cuerpo, visión por los ojos de la imaginación y visión por los ojos del espíritu<sup>55</sup>. Por la visión

<sup>52</sup> Gn. litt. XII, 27, 55, PL34, 477.

<sup>53</sup> Trin II, 17, 32, PL42, 866

<sup>54</sup> Trin II, 16, 27, PL42, 863

<sup>55</sup> MADEC, G., *Le Dieu d'Augustin*, Cerf, Paris 1998, 114-116; LAGOUANERE, J., «Vision spirituelle et vision intellectuelle chez saint Augustin. Essai de topologie»,

del espíritu, o visión intelectual, se ve a Dios, “no a través de figuras corporales o representativas, sino cara a cara”<sup>56</sup>. Moisés vio a Dios tal cual es, en sí mismo, encontrándose en ese momento en un estado de éxtasis. Moisés estaba, en cierto modo, muerto a la vida de este mundo, muerto a los sentidos del cuerpo.

“De un modo el más inefablemente secreto y presente, hablaba el Señor con lenguaje inefable en su propia esencia, por la cual es Dios y en la que ningún ser que le vea tal como es vivirá esta vida, que mortalmente se vive con los sentidos del cuerpo, a no ser que cualquier hombre que vea esta sustancia muera en cierto modo a esta vida terrena, sea saliendo del cuerpo, o de tal manera enajenado de los sentidos corporales, que con razón ignore, como dice el Apóstol, si su alma se halla en el cuerpo o fuera de él, cuando el hombre es arrebatado y transportado a esta visión”<sup>57</sup>.

San Agustín reconoce la posibilidad de este estado de éxtasis. En efecto, en la *Carta 147* a Paulina, que le plantea el problema de la posibilidad de ver a Dios en esta vida, carta escrita en 413-414, dirá.

“Puede causar extrañeza el que la misma sustancia de Dios haya podido ser vista por alguno en esta vida, considerando que a Moisés se le dijo: *Nadie puede ver mi rostro y vivir*. Sólo que la humana mente puede ser arrebatada por Dios de esta vida a la angélica aun antes de que se aparte de la carne por la muerte común”<sup>58</sup>.

Esta cuestión sobre la posibilidad de ver a Dios en esta vida ocupó a San Agustín a lo largo de los años 413-414. Consagró a este problema las *Cartas 147 y 148*, los *Sermones 23, 53 y 277*, e igualmente el libro XII “*Sobre el Génesis en sentido literal*”.

---

en *Bulletin de Littérature Ecclésiastique*, 108/4 (2007) 509-538.

<sup>56</sup> MADEC, G., «Savoir c'est voir. Les trois sortes de “vues” selon Augustin», en *Lectures Augustiniennes*, Paris 2001, 221-239; SOLIGNAC, A., «Les trois genres de visions», note 52 en BA 49, 575-585.

<sup>57</sup> Gen. litt. X II, 27, 55, PL34, 477.

<sup>58</sup> Ep. 147, 13, 31, PL 33, 610.

#### IV. “SEÑOR, QUE YO TE VEA”

San Agustín encuentra una cierta contradicción entre el texto de san Juan (1, 18): “*Nadie ha visto jamás a Dios*” y algunos textos de la Escritura que hablan de una cierta visión de Dios: Abraham<sup>59</sup>, Moisés, san Pablo. Es cierto que en algunos de estos textos, dirá San Agustín, Dios no se aparece o se muestra directamente, sino que se dirige por ejemplo a Moisés por medio de una nube (Ex 24, 15), de un ángel (Ex 3, 2), es decir, por medio de criaturas. Sin embargo hay textos en donde se le atribuye a Moisés, como por otra parte a San Pablo, una visión directa e inmediata de Dios (Num 12, 6-8;2 Col 12, 1-4). Moisés y San Pablo según la Escritura han visto a Dios cara a cara en esta vida.

“*Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios*, se ve la belleza de Dios, no mediante alguna figura corporal o espiritual que la represente como en un espejo y en sombras, sino cara a cara o, como se dijo a Moisés, boca a boca, a saber, en su naturaleza, por la que Dios es lo que es, y en cuanto es capaz de percibirla la mente humana que no es lo que Dios es, estando además limpia de toda mancha terrena y sustraída y enajenada de todo cuerpo e imagen corpórea. Hacia esta visión peregrinamos cargados con el peso de nuestro cuerpo mortal y corruptible durante el tiempo que caminamos en fe, mas no en claridad y, al mismo tiempo, vivimos con justicia. ¿Por qué no creeremos que Dios, a tan gran Apóstol y Doctor de las gentes, habiendo sido arrebatado a esta excelentísima visión, quisiera manifestarle la vida en la que después de esta terrena había de vivir eternamente?”<sup>60</sup>.

San Agustín afirma con claridad que ciertas personas han llegado a contemplar a Dios con una mirada espiritual. Habla de su propia experiencia: “Y mientras estamos hablando y suspirando por ella (*la Sabiduría de Dios*), llegamos a tocarla un poco con todo el ímpetu de nuestro corazón (*toto ictu cordis*)”<sup>61</sup>.

<sup>59</sup> BOULNOIS, M.-O., «L'exégèse de la téophanie de Mambré dans le De Trinitate d'Augustin: enjeux et ruptures», en BERMON, E., y O'DEALY, G., *Le De Trinitate de saint Augustin. Exégèse, logique et noétique*. Institut d'Études Augustiniennes, Paris 2012, 35-65.

<sup>60</sup> Gn litt. XII, 28, 56, PL 34, 478. ; Gn litt. XII, 31, 59, PL 34, 479-480.

<sup>61</sup> Conf. IX, 10, 24, PL. 32, 774.

“Y quizá alguno de nosotros, a quien el resplandor de la verdad haya deslumbrado la mente con una como especie de relámpago, pueda afirmar: *Yo dije en mi arrobamiento.* ¿Qué dijiste en tu arroabamiento? *He sido arrojado lejos de tus ojos.* Me parece que quien dijo esto levantó a Dios su alma y la derramó por encima de sí mismo; como se le preguntaba a diario *¿Dónde está tu Dios?*, mediante cierto contacto espiritual alcanzó aquella luz inmutable, luz que no pudo soportar por la debilidad de su mirada, recayó de nuevo en su cómo enfermedad y debilidad, se comparó con la luz y experimentó que la mirada de su mente no podía todavía adecuarse a la luz de la Sabiduría de Dios. Y como esto le había sucedido en estado de arroabamiento, arrancado de los sentidos corporales y aupado hasta Dios, cuando en cierto modo fue revocado por Dios a su condición de hombre, exclamó: *Yo dije en mi arrobamiento.* En ese arroabamiento vi no sé qué, que no pude soportar mucho tiempo, y devuelto a los miembros mortales y a los muchos pensamientos de los mortales procedentes del cuerpo que oprime al alma, dije. ¿Qué dije? *He sido arrojado lejos de tus ojos.* Muy por encima de mí estás tú; muy por debajo de ti estoy yo”<sup>62</sup>.

Es cierto que San Agustín, a partir de la visión de Dios de Moisés y de san Pablo, está hablando de su propia experiencia de ver a Dios<sup>63</sup>.

JAIME GARCÍA ÁLVAREZ, OSA

---

<sup>62</sup> S. 52, 16, PL 38, 360.

<sup>63</sup> Conf. X, 40, 65,PL. 32, 806-807 .